

Moncho saborea un delicioso café escuchando a Martin, un americano procedente de California.

Se había venido a España para enseñar arte dramático, pues tenía la teoría de que los españoles eran los peores actores del mundo, incluidos nuestros hollywoodienses Antonio y Penélope.

La verdad es que tenía razón.

Quizás por eso a Alejandro Amenábar le había dado por contratar actrices extranjeras. Aquel hombre era un genio, y también cinéfilo como él, aunque con muchísima experiencia.

Había vivido en Los Angeles, y de joven quería ser director.

Tras varios años trabajando en la gran industria del cine, había decidido que su labor allí no tenía ningún sentido pues todo estaba tan automatizado como en las fábricas alemanas de coches.

Le apasionaba el cine europeo de los años cincuenta.

Había tenido que decidir entre instalarse en Roma o en Madrid, y al final había elegido España.

Era una persona muy educada e interesante, con la que daba gusto conversar.

Su acento le sonaba muy particular y le recordaba Humphrey Bogart, con lo cual le fascinaba.

Tenía ideas muy interesantes sobre política, y decía que el cine era como una pintura repleta de poesía que retrataba fielmente la realidad.

Opinaba que las películas de Almodóvar de los ochenta y noventa expresaban un enorme optimismo social.

Sin embargo las últimas, se habían vuelto tan oscuras como las pinturas negras de Goya.

Volver, por ejemplo, le parecía una metáfora del regreso a la misma opresión político-religiosa del franquismo.

También consideraba que nuestro país y Grecia, según su filmografía, se parecían increíblemente, quizás por encontrarse en los extremos del Mediterráneo y fronterizos con países musulmanes en nueva época de cruzadas.

Ésa era, según él, la causa de nuestros actuales problemas, más religiosos que realmente económicos.

La guerra santa iniciada por Bush, había desestabilizado la paz mundial.

El presidente Roosevelt, en los años treinta, había creado leyes de intervencionismo y transparencia económica que habían conducido a unas mejoras sociales sin precedentes en la historia.

Luego, tras llevar la justicia económica a su país, se había ofrecido para detener la barbarie contra los judíos de Centro Europa, que en el fondo era una estrategia para imponer la fe cristiana sobre el ateísmo francés y ruso.

Sin embargo los americanos también pecaban actualmente de integristas y ahora los rusos seguían su ejemplo.

El liberalismo económico, implantado a comienzos del siglo XXI, le parecía un modo de desviar fondos para atender a las nuevas necesidades bélicas del mundo.

Desde su punto de vista, por culpa de esta nueva guerra mundial encubierta, la miseria se veía proliferar en las calles día a día.

Al menos aquí todo el mundo tenía derecho a la sanidad pública, algo que había admirado el propio Barack Obama, un ángel mensajero de la paz.

Creía que en nuestro país la gente estaba tan reprimida sexualmente que ni siquiera conseguía aprenderse un papel, y ya no digamos interpretarlo.

Así, saboreando un café delicioso, recibe una clase magistral.